

METROID

El asalto a Mundo Agrícola

Escrito por

Jesús José Camacho Lucas-Torres

@chexual



capítulo siete

AVISO +18

Esta lectura contiene lenguaje explícito y escenas que podrían herir su sensibilidad.

ANTES DE EMPEZAR

Las páginas que se dispone a leer deben considerarse un ejercicio creativo en clave de novela motivado por ningún otro interés que la pasión y la creación en sí. Se basan en la saga de videojuegos Metroid, cuyos derechos pertenecen a Nintendo. Para su confección se han tenido en cuenta recursos tanto de los juegos como de otras obras de arte canónicas y no canónicas.

**sigue al autor en sus redes sociales para estar al tanto de las últimas novedades
@chexual**

METROID

El asalto a Mundo Agrícola

Jesús José Camacho Lucas-Torres

Un escritor no es nada sin sus lectores. Si has disfrutado de esta lectura, recomiéndala. Pásasela a un amigo, compártela en tus redes sociales o cuéntame qué te ha parecido, seguro que tienes muchas cosas que decir. Ayuda a que esta comunidad crezca y permanece al tanto de todas las novedades en **@chexual**.

Aparcaron dentro de los muros del complejo generador número dos. El aparcamiento estaba lleno y nada hacía pensar que hubiese algún problema, aunque no se escuchaba el ruido sordo que provocaba la actividad de los generadores obligando a los operarios del interior a usar orejeras.

La estación de hidrogénesis podía considerarse un centro de reciclaje a escala planetaria. Se utilizaban varios métodos para la obtención de agua, desde la condensación, que utilizaba la energía que recogían las placas de las granjas fotovoltaicas para crear un gradiente de temperatura suficiente para condensar el vapor de agua atmosférico, hasta la combustión de los desechos orgánicos que generaba la actividad de la colonia. Sin embargo, el mecanismo principal y lo que permitía la supervivencia del planeta era una reacción química que se llevaba a cabo en inmensas torres generadoras.

En las zonas más profundas de los valles de Mundo Agrícola, lo que alguna vez pudieron ser los últimos reductos de mares y océanos, había depósitos naturales de hidróxido de sodio. La hipótesis más aceptada entre la comunidad científica para explicar estas acumulaciones apuntaba a que, en los últimos compases de la vida del agua líquida en el planeta, las grandes masas de agua salada estuvieron sometidas al impacto de fuertes tormentas que podían durar semanas. La energía que aportaron las descargas eléctricas pudo llevar a la liberación de hidrógeno y cloro a la atmósfera, mientras el agua iba quedando reducida a una solución de sosa que acabó acumulándose en la orilla. Se basaban en suposiciones, pues cuando colonizaron Mundo Agrícola la radiación había acabado con muchas de las evidencias de lo que había pasado allí cuando aún había vida, pero la

posibilidad de obtener resultados similares en laboratorio al someter a electrólisis una solución acuosa de cloruro sódico postuló esta suposición como la más probable.

En las torres del generador se hacían reaccionar grandes cantidades de hidróxido con ácido clorhídrico importado de Outlaw y, más recientemente, de Elysia, donde se obtenía en estado gaseoso durante el proceso de recolección de gel fuel. El resultado era una interacción violenta que desprendía muchísimo calor, pero las medidas de seguridad en los tanques donde ocurría aseguraban que no hubiese ningún accidente. El calor se utilizaba a su vez para generar electricidad, de la que se nutría cierta parte de los ranchos, y los productos resultantes eran sal común, que exportaban a un precio irrisorio, y agua, que después de pasar el oportuno sistema de filtrado para asegurar su potabilidad, era enviada a las cañerías que surtían las islas a un caudal ligeramente superior al metro cúbico por segundo. Era todo un logro.

Jack era un amigo personal de la directora del complejo, una mujer de gran influencia en la política colonial. No era la primera vez que la visitaba allí, así que fue él quien los guió hasta su despacho. Nadie les dio la bienvenida en el mostrador, ni se cruzaron con nadie por las escaleras o los pasillos.

— Aquí ha pasado algo.- dijo Jack después de un rato de silencio en el que solo escucharon el eco de sus pasos.

— No lo parece.- replicó Ferrec.

— Esto suele ser un hervidero, la mitad de la colonia trabaja aquí y no hemos visto a nadie. No es normal.

— Estarán ocupados con la avería.

— ¿El recepcionista también?

Ferrec torció la boca y se dirigió a sus guardaespaldas.

— ¿Qué opináis vosotros?- preguntó.

— Huele a humo.- dijo uno de ellos, sin más.

Fue tan tajante y sonó tan seguro que incluso Phineas pareció vacilar por un momento. Siguieron avanzando por los pasillos asépticos del edificio de oficinas del generador. Las luces se encendían a su paso. No había un solo indicio de violencia.

— Deberíamos volver y avisar a la policía.- sugirió Jack.

— No hagas caso de estos dos. Son exmilitares, demasiado cautos.

— Y mejores que la policía, con ella no estarías más seguro.- puntualizaron.

— Con ella no estaría aquí.

— Me aturden tus quejas, Jack.- le espetó Ferrec.- No desmerezcas la reputación que te has creado.

Eso hirió a Jack en el orgullo, y replicó ofendido.

— Tú tienes más intereses que nadie en el agua de esta colonia, sin nosotros no tendrías un negocio que dirigir.

— No olvides cuál es tu lugar en ese negocio.

Llegaron a la puerta del despacho sin encontrarse con nadie. Llamaron, y no obtuvieron respuesta.

— ¿Carol?- preguntó Jack con timidez.- Carol, soy Jack Pierce. ¿Puedes hablar?

Mismo resultado. Los guardaespaldas se llevaron las manos a la cadera. Uno de ellos desenfundó el arma y agarró el pomo.

— ¿Qué cojones hacéis?- se sorprendió Jack al verlo.- ¡Vámonos de aquí! Si ha pasado algo no es asunto vuestro solucionarlo.

Los tres lo ignoraron. La puerta no estaba cerrada. El guardaespaldas entró con la pistola al frente. La pared del fondo del despacho era un ventanal que daba a las instalaciones de acceso restringido del generador, deformadas ahora por el humo y el baile anaranjado de las sombras que proyectaban. En el suelo, fluyendo desde el escritorio, se extendía un charco de sangre fresca.

— Mierda...

Jack se quedó plantado en el marco de la puerta, aterrado, mientras Phineas avanzaba tras sus hombres, que ya estaban inspeccionando la mesa y le impidieron acercarse demasiado. El cadáver de la directora estaba allí. Se había escondido debajo y alguien le disparó en la cabeza sin contemplaciones. Se la destrozaron, desde la mandíbula hasta la frente.

— El arma que usaron contra ella no es federal. El recorrido de la herida está cauterizado, ha sido un rayo. La apuntaron desde abajo. Si ya estaba escondida, quien lo hizo tuvo que agacharse y forcejear con ella para poner el arma a la altura de la escápula. El disparo debió tocar la carótida, de lo contrario no me explico toda esta sangre.

— ¡Basta!- gritó Jack.- Conocía a esa mujer, joder, no.... Hay que avisar a la policía, llamar a la estación orbital, o...

Ninguno de ellos se movió, fue como si ni lo hubiesen escuchado. Ferrec guardaba silencio, mirando el generador a través del ventanal.

Había sido una matanza. Desde aquella altura se podían ver los cuerpos de los trabajadores esparcidos por el suelo, mutilados. Había marcas de disparos en las paredes, rastros de sangre que las víctimas habían dejado al arrastrarse por el suelo en sus últimos estertores, y huellas grandes, oscuras, que se mezclaban con las humanas. Eran pisadas con dos dedos acabados en una uña afilada. Solo había una criatura conocida con esa planta.

— Fórmidos.- susurró un guardia.

— Piratas.- dijo el otro.

No hizo falta ninguna orden. Phineas echó a correr detrás de Jack, que ya marcaba el camino por el pasillo. Los guardaespaldas les ganaron

terreno y pronto se colocaron a la cabeza dispuestos a protegerlos a ambos. Salieron del edificio entre jadeos, pero cuando iban a cruzar el patio de entrada en dirección al coche, el primero de ellos extendió un brazo y los obligó a ponerse a cubierto en la esquina de un pequeño edificio de mantenimiento. Se escuchó el ruido de un motor y una nave los sobrevoló. Era pequeña y ágil, con seguridad una nave de asalto.

Permanecieron así unos minutos.

— ¿Qué hacemos así todavía? ¡Ya se han ido!- gritó Jack.

— ¡Silencio, maldita sea! No nos escondemos de las naves, sino del preed que hay ahí delante.

— ¿Qué cojones es un preed?

— Es tecnología pirata, un robot de guerra. Están llenos de nohadina, un gas neurotóxico que se libera al más mínimo contacto. Suelen levitar, como los drones, pero este está en el suelo. No entiendo por qué, ya debería haber estallado.

— ¿Y qué hacemos?

— Daremos la vuelta. Intentemos no llamar su atención.

Rodearon el edificio despacio, con la espalda pegada a la pared. Phineas estaba sudando, tiró la chaqueta al suelo y se quitó la corbata para abrirse un par de botones de la camisa. Parecía al borde de la asfixia.

Pudieron ver al preed en cuanto abandonaron la cobertura con la intención de salir a pie de allí. Era una máquina esférica, pequeña, con varios apéndices cilíndricos que se contraían y se estiraban permitiéndole así moverse. De alguna manera, él también los detectó. Sus apéndices se iluminaron con un chasquido y se movieron como girándose hacia ellos, proyectando el holograma de un hombre desfigurado, con la cara angulosa infinitamente larga, mirada profunda y una sonrisa siniestra que anticipaba el placer de la destrucción.

— Eso no es un preed. Los preeds no tienen proyectores, ni se comportan así.

— ¿Qué es, entonces? - preguntó Jack.

— ¿Acaso importa?

Empezaron a correr. Les persiguió una voz metálica, una risa enloquecida. El holograma se burlaba de ellos sin moverse siquiera. Solo saltó, y desde su ecuador desplegó varios cañones que dispararon a la vez una ráfaga horizontal de balas. Los alcanzó a todos en la espalda, no había disparado a matar. Cayeron desplomados, pero vivos.

Se arrastraron lo más rápido que pudieron. El escolta que les había advertido de su presencia consiguió levantarse y apuntar su arma, pero no pudo apretar el gatillo antes de que la máquina le disparase a bocajarro. Era mucho más veloz que ellos. Los adelantó y, obligándolos a detenerse, el holograma se inclinó hacia ellos como si estuviera observándolos. Entretenido, esbozando una media sonrisa. Un leve movimiento del otro

guardia, que intentaba echar mano de su pistola, le costó la vida por un solo balazo, certero, entre los ojos. El holograma ni desvió la dirección de su mirada, porque no le hacía falta. Veía en todas las direcciones, allí donde apuntaban sus cámaras.

— ¿Quién coño eres tú?- preguntó Ferrec entre gorgoteos. Un hilillo de sangre le resbaló por la comisura de la boca.

Su verdugo no se dignó a darles ninguna respuesta, ni siquiera parecía entenderlos. Más allá de su mirada desquiciada, antinatural, y sus exageradas carcajadas inhumanas, no había nada en él que insinuase alguna emoción real. Siguió riéndose, cada vez más alto hasta que se hizo insoportable. Phineas y Jack se taparon los oídos y el holograma se inclinó con las manos sobre el abdomen incapaz de contenerse, riendo casi con rabia. Luego, levantó los brazos y la cabeza al cielo en un gesto triunfal.

— ¡Boom!- gritó.

Y un doloroso destello blanco los cegó antes de que las llamas acabasen con todo y el agua desbordada arrastrase sus cuerpos hasta despedazarlos.

